

Evolución de un plan concreto de pastoral de grupos cristianos

Esteban de Vega, FSC*

Me han pedido un artículo sobre una experiencia concreta de trabajo pastoral, que tiene más de 30 años, y que está siendo animada por toda una Provincia religiosa: el Distrito de Valladolid de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Desarrollaré la evolución de este proceso desde sus orígenes: lo que motivó en su momento el inicio de un trabajo que, sin pretenderlo, originó una reforma que afectó a la misma Provincia religiosa, más allá del trabajo pastoral concreto; lo que hemos aprendido y disfrutado, lo que hemos sufrido, lo que hemos vivido... hasta llegar al momento actual. En este momento seguimos adelante en medio de dificultades y de logros, en una actitud de búsqueda constante.

UN PROFUNDO INTENTO DE RENOVACIÓN

Hace muchos años se intentó una renovación total del trabajo pastoral de la Provincia religiosa de Valladolid. Para impulsar y coordinar dicha tarea, se nombró un equipo de pastoral, formado por cuatro personas a tiempo completo. Actualmente, «liberar» a personas es algo habitual y nos cuesta imaginar nuestras provincias sin equipos coordinadores de las distintas facetas de la misión; pero entonces, para nosotros, tan apegados al trabajo directo en los centros escolares, fue un salto de gigante, una verdadera apuesta.

* Responsable, durante años, de la Pastoral de la Provincia lasallana de Valladolid. Actualmente Director del Noviciado Europeo de La Salle. Madrid.

La función de este equipo era la de dinamizar la tarea pastoral, y empleo a conciencia el término «pastoral», pues, sin desentenderse de la evangelización en su sentido más amplio, este equipo debía privilegiar fundamentalmente la acción pastoral. Entendemos por «pastoral» una dimensión concreta dentro de la evangelización, que tiene que ver con el crecimiento en la fe y en el compromiso de quienes ya forman parte de la Iglesia, siempre orientados hacia la comunidad. La estructura básica desde la que se deseaba trabajar era la de los grupos cristianos, por medio de un proceso de inspiración catecumenal.

Son muchas las ideas que han aparecido en el párrafo anterior, ahora muy asumidas, pero que en aquel momento despertaron muchas esperanzas, inquietudes, a veces recelos... Como ya diré, aquel proceso se ha visto enriquecido y transformado a lo largo de todo este tiempo. En este momento, después de tantos años en los que ha cambiado tantísimo la realidad religiosa en España, el Equipo de Pastoral ha tenido que profundizar y adaptar los objetivos iniciales. De entrada, y tras una seria reflexión de todos los agente implicados en la misión, hoy nos preocupa tanto el campo de la primera evangelización como el trabajo específicamente pastoral. No puede ser de otro modo. No significa, en absoluto, que no se quiera seguir apostando por el proceso de los grupos cristianos, pero se impone un trabajo más amplio y más básico. En esta reflexión ha participado toda la Provincia religiosa, ahora fuertemente enriquecida por la aportación de los compañeros seculares en la misión, y no sólo el Equipo de Pastoral actual. A todos estos cambios de planteamiento y de orientación nos referiremos más adelante.

LOS PRIMEROS PASOS

Hace 30 años no existía una línea pastoral común en la Provincia: cada centro hacía lo que podía como mejor sabía. Contábamos con centros que habían comenzado a trabajar con grupos de reflexión de jóvenes; otros realizaban una tarea de catequesis, preparando a los alumnos para los sacra-

mentos de iniciación, bien en el centro, bien en la parroquia; en algunos lugares los grupos de *scouts* tenían una importancia y un peso muy grande...

Al Equipo de Pastoral recién nombrado se le encomendó, como una de sus tareas prioritarias, aunar todos los esfuerzos y crear un plan que nos hiciera trabajar conjuntamente, formándonos a todos para poder hacerlo, sensibilizando a las comunidades de Hermanos y a los agentes de Pastoral, convenciendo de que la nueva Iglesia necesitaba un modelo pastoral distinto, acorde a los documentos emanados del Concilio Vaticano II que, no por conocidos, habían sido asumidos. Yo estaba entonces en la casa de formación, pero recuerdo que vivía aquel proceso con una ilusión enorme y me admiró entonces, y más hoy, la capacidad que tuvieron quienes formaron parte de este primer equipo para conseguirlo.

Claro, las cosas no resultan porque sí: para poder iniciar este trabajo, los miembros del equipo tuvieron que formarse seriamente, compartir con los equipos de pastoral de otras instituciones y provincias religiosas, dialogar, aceptar muchas veces que las cosas no fueran como de entrada se habían previsto... Hubo también una fuerte oposición por parte de bastantes Hermanos que veían en el fuerte acento que se ponía en los grupos cristianos una especie de atentado a nuestra misión específica: «Nosotros somos Hermanos de las Escuelas Cristianas, y por tanto debemos trabajar desde las Escuelas, y no en actividades complementarias», se decía. O también: «Los destinatarios de nuestra misión son todos los alumnos, y no sólo el grupito de jóvenes que formen parte del proceso...». Fue necesario reflexionar y ayudar a descubrir que la escuela es más que el horario lectivo, y que trabajar desde los grupos cristianos no significaba descuidar todas las demás plataformas de evangelización que la escuela ofrece. De esta época, por ejemplo, es también el profundo empeño que se puso por renovar la pedagogía religiosa y por impulsar la celebración sacramental, mediante el conocimiento y la aplicación de una línea de trabajo muy interesante en el campo del lenguaje religioso.

Como ya dije, la idea fundamental era la concepción de la Iglesia que había surgido del Concilio Vaticano II: entender la Iglesia como Pueblo de

Dios y, más concretamente, como comunidad de comunidades. La palabra «comunidad» se convirtió en el foco de reflexión, la línea de trabajo, la utopía a perseguir... Y, siempre, en clave profundamente eclesial. Tanto los materiales que se elaboraron desde el primer momento como los signos, contenidos, dinámicas, objetivos... iban en una línea profundamente eclesial, sin hacer hincapié especial en particularidades de nuestra familia religiosa lasaliana. Quienes se acercaban a conocer el proceso en ciernes se sorprendían de que fuera así, porque no ocurría lo mismo en otras instituciones. Después esto ha variado algo, especialmente en los últimos años del proceso, porque lo fuimos viendo conveniente y hasta necesario; pero considero que, en el inicio, fue un acierto y una verdadera muestra de gratuidad y universalidad eclesial. Y ese espíritu, básicamente, continúa.

En poco tiempo, el proceso de los grupos cristianos se fue implantando en todos los centros. La opción clara por esta línea obligó a dejar otros modelos y formas de trabajo, y soy consciente ahora, con admiración, de que se hizo sin rupturas. Todos los Hermanos, y especialmente los más jóvenes, que en aquel momento eran aún bastantes en la Provincia, se comprometieron a llevarlo a cabo. Y en ese compromiso está la clave del éxito que este proceso obtuvo. Obviamente, en una Provincia religiosa tan grande, con varias autonomías, hubo zonas donde esta nueva orientación fue más fácil que en otras; pero en todas se comenzó con muchísima ilusión.

LA IDEA DE PROCESO

Una vez clarificados los objetivos, sensibilizados los agentes, asumido el proceso por parte de las comunidades (en realidad todos estos pasos se fueron logrando día a día, a medida que se iba desarrollando el proceso), se procedió a la elaboración de los materiales para dar un contenido progresivo a las reuniones. Estos materiales fueron fruto de un trabajo colectivo por parte de muchos Hermanos. Y lo cierto es que los materiales han sido siempre un elemento muy importante, pero a la vez los hemos considerado como algo «provisional», pues, a lo largo de estos años, han sido

continuamente reelaborados. Y escribo la palabra «Hermanos» con toda conciencia. Hoy, como veremos, no podría decirlo; pero en aquel momento apenas había seglares implicados en el proceso.

Lo más básico del grupo cristiano era la reunión semanal, con las temáticas y dinámicas adecuadas para cada edad; pero desde el principio se vio que el proceso debía contar con múltiples elementos que lo enriquecieran e hicieran evidente que el grupo no era sólo «de reflexión», sino de vida. Por eso, a modo de imagen simbólica, hasta los más pequeños (11-12 años) sabían que el grupo era como una mesa en la que no podían faltar cuatro patas: la amistad, la reflexión, la oración y el compromiso. Y estos cuatro elementos se vivían siempre: desde la preadolescencia hasta las etapas de los mayores, aunque las palabras que se emplearan fueran distintas.

Intentamos que la idea de proceso fuera real. Sabíamos cuándo empezábamos, pero no cuándo acabábamos. De hecho, era un proceso para la vida cristiana adulta, vivida en comunidad, y eso no termina nunca. Pero era necesario marcar bien las etapas, no por crear una estructura artificiosa, sino por hacer evidente la idea de proceso, de avance, de camino recorrido. Y por trabajar de acuerdo a las necesidades y experiencias propias de cada edad, por supuesto. De ahí que hablásemos de cuatro etapas: Descubrimiento (preadolescencia), Propuesta (adolescencia), Catecumentado (adolescentes, jóvenes) e Integración (jóvenes, adultos). Esta última etapa era la menos definida, pues no teníamos aún modelos concretos de la misma, ni siquiera un diseño claro que nos permitiera recorrerlo. Como ya he dicho, era la palabra «comunidad» la que empleábamos siempre para referirnos a esa etapa, palabra que a la vez utilizábamos con mucha cautela, pues no queríamos que esa palabra se confundiese con cualquier cosa. Pero algo teníamos claro: vivir en la Iglesia, comunidad de comunidades, exigía vivir en comunidad, aunque el modelo comunitario concreto pudiese ser muy distinto. Y la comunidad que nosotros perseguíamos con nuestro proceso de inspiración catecumenal era la pequeña comunidad cristiana, de no muchos miembros, donde se compartía la fe, se celebraba, se vivía el compromiso y se avanzaba en el seguimiento de Jesús.

Teníamos claro que la comunidad cristiana no era un privilegio de la vida religiosa, sino una propuesta para todo cristiano, fuese cual fuese su opción vocacional.

¿Cuáles fueron los elementos que, progresivamente, ayudaban a los animadores a dinamizar el proceso, a dar conciencia de pertenencia, a sentir que se avanzaba y se hacía camino? Para los más pequeños, para los que el componente lúdico es fundamental, elementos como el nombre del grupo, el escudo, el diario, el cofre, el álbum o la mochila (para guardar los materiales y los elementos de las reuniones que convenía conservar); una revistilla, en la que mensualmente se publicaban noticias de los distintos grupos, cartas, reflexiones comunes, juegos...

Para los grupos más mayores, y también para los pequeños, la posibilidad de encuentros con grupos de otros centros (encuentros de zona), encuentros de verano, más prolongados y realmente significativos (colonias, campamentos, convivencias, campos de trabajo...), vigiliias en los tiempos litúrgicos especiales... Todos estos elementos eran importantes y correspondía a todo el grupo asegurar que se respetaran y vivieran. El animador tenía que esforzarse por lograr un grado de pertenencia de todos los que formaban el grupo y por hacer que la ausencia de alguno de los miembros fuese algo que realmente se sintiese. Lo afectivo es lo más efectivo, y la amistad era el campo que había que abonar, desde las edades más tempranas, para que todo lo demás pudiera fructificar.

ELEMENTOS DE MAYOR CALADO

Voy exponiendo lo que se vivió en estos primeros años del proceso de forma global, pero deseo centrarme ahora en la etapa que suponía un salto significativo respecto a las anteriores: la etapa del Catecumenado. Las etapas de Descubrimiento y de Propuesta eran importantes, por supuesto, pues eran lo más adecuadas posible para la edad de los integrantes de dichas etapas; de hecho, los chicos que las habían vivido en grupos sóli-

dos entraban en la etapa del Catecumenado con un bagaje extraordinario para entender y vivir lo que correspondía a la nueva etapa. Pero el momento donde comenzaban las primeras opciones un poco serias, y que ya no se entendían como opciones «de grupo», sino como opciones personales, era la etapa del Catecumenado.

El elemento más importante era el de las entregas, rescatado del catecumenado de la primitiva Iglesia. En aquel momento significaban la opción del candidato a la comunidad por avanzar en el proceso de seguimiento de Jesús; y por parte de la comunidad significaba el deseo de acogida del catecúmeno. Esto exigía que cada miembro del grupo decidía si estaba dispuesto a recibir esa entrega, con independencia de que los demás hicieran lo mismo. Obviamente, en el discernimiento sobre la conveniencia o no de realizar la entrega al catecúmeno intervenía el animador, el grupo entero e incluso el grupo de catequistas o animadores. Algo similar a todo esto comenzamos a hacer nosotros en nuestro proceso.

Las entregas eran cuatro, progresivas y con un discernimiento siempre imprescindible: los Evangelios, la Cruz, el Padre Nuestro y el Símbolo, denominación clásica del «Credo». La entrega se realizaba en presencia de toda la comunidad cristiana del centro educativo, de modo que los más pequeños eran testigos de cómo había jóvenes y adultos que se tomaban muy en serio aquello en lo que ellos se estaban iniciando. Y los más adultos, a la vez, se hacían conscientes de que, al ser testigos de la progresiva incorporación de los jóvenes a la comunidad cristiana, se comprometían también a apoyarles. Se creaban unos lazos desde la fe y el compromiso común, y desde el afecto, pues los lazos de comunión han sido siempre cultivados. El sentimiento de fraternidad no es un postizo, sino el tejido sin el cual no podríamos realizar ningún bordado cristiano.

Este era un elemento muy importante: las entregas. Y junto a él, otros elementos de hondo calado, que consistían en dos encuentros muy especiales: la Pascua y el Encuentro de Oración. Como ya señalé de pasada, a lo largo del año había distintos tipos de encuentros, dependiendo de la edad

y del momento concreto del proceso. Pero estos dos encuentros se hicieron muy significativos desde el principio por su hondura, por las claves que aportaban para entender lo que se estaba viviendo y, sobre todo, por las pistas y el horizonte que abrían a los grupos y a cada miembro.

Tuvimos la suerte de que la Pascua gozó desde el primer momento de una acogida extraordinaria. Se creó un profundo clima de oración, silencio, muy centrado en el acontecimiento nuclear de nuestra fe. A esto ayudó el lugar en el que la celebrábamos: Bujedo, un monasterio en el que era fácil crear el clima adecuado y con posibilidad de acoger a centenares de jóvenes. Supuso para los participantes una experiencia muy fuerte y el equipo de animadores fue muy consciente de que la preparación de la Pascua, con todo el mimo y la atención posibles, era fundamental. En aquella época, hablamos de hace casi 30 años, las pascuas juveniles eran un acontecimiento fuerte en la mayoría de los movimientos cristianos y todo invitaba a vivirlas con profundidad. Y tan buena acogida favoreció, curiosamente, la hondura de la vivencia. Temíamos la amenaza de la masificación, con la consiguiente superficialidad que provoca y la falta de personalización; pero más bien se produjo el efecto contrario, pues no hay duda de que ver a tantos jóvenes orando en profundidad, reflexionando en silencio durante horas, compartiendo la fe... creaba un clima que fácilmente se contagiaba. Y, además, la celebración de la Pascua suponía que toda la Cuaresma se convertía en un tiempo especial para los grupos, pues desde el comienzo de este tiempo litúrgico el Equipo de Pastoral enviaba un material de reflexión y de oración para toda la Cuaresma y, semanalmente, todos los grupos del mismo centro que participaban en la Pascua se reunían para orar juntos.

La entrega de la Cruz se comenzó a realizar pronto en la Pascua, el Viernes Santo. Ese día la entrega adquiría un valor especial y la comunidad que era testigo de la entrega era más numerosa y entendía mejor el sentido de dicho acto.

El otro encuentro especial era el Encuentro de Oración. Siempre fue más reducido que la Pascua, lo cual no impedía que durante muchos años el

número de participantes superara los 200. Tenía lugar en las vacaciones de Navidad, durante tres días. Todo el encuentro estaba dedicado a la oración: catequesis sobre el tema, oración personal y de grupo, talleres de oración, oración litúrgica, testimonios de oración... Para muchos jóvenes fue la clave para entender lo que era la oración y, sobre todo, para iniciarse en la oración personal, que siempre costaba más que la de grupo.

Al igual que en la Cuaresma, durante todo el Adviento los grupos recibían un material que les ayudaba a vivir este tiempo litúrgico y a prepararse para el Encuentro de Oración. Y era en este encuentro donde los grupos empezaron a recibir la entrega del Padre Nuestro.

SE HACE CAMINO AL ANDAR

La idea motora de todo el proceso, hacia donde pretendíamos encaminar nuestros pasos, era la comunidad. Pero esto no significaba que todo estuviera diseñado desde el primer momento, porque, de hecho, ni siquiera estaba claro qué entendíamos por comunidad. Y, desde luego, algo que estaba por descubrir, y a lo cual se dedicaron muchos encuentros de animadores, organizados por el Equipo de Pastoral, era el final del proceso: pasos a dar, modelo de comunidad a proponer, cómo ir madurando en opciones personales y opciones de grupo, discernimiento vocacional, comunidad y misión...

Durante los primeros años actuamos de una manera un tanto drástica: cuando considerábamos que los grupos ya habían madurado suficientemente como para volar fuera del ámbito del colegio, se celebraba el rito del envío: los jóvenes eran enviados a continuar su proceso en otra realidad, para que siguieran madurando como comunidad y para que se incardinaran en otros ambientes, especialmente parroquiales, dedicándose a distintas misiones, que normalmente eran intraclesiales. Afortunadamente esta práctica duró poco tiempo, pues pronto comprendimos que no podíamos actuar así: los grupos no estaban preparados para este cambio,

seguían necesitando animación por parte de algún adulto y habíamos actuado de forma muy ingenua. Que haya una estructura de grupo aparentemente sólida, en la que se vivan todos los elementos grupales con notable seriedad durante un tiempo considerable, no es sin más garantía de que las opciones personales profundas estén ya hechas. Hoy sabemos que la opción personal es prioritaria, y que ésta exige mucho tiempo y mucha libertad por parte de cada individuo: sin ningún tipo de presión grupal, afectiva... Comprendimos que debíamos privilegiar la animación y el acompañamiento de las últimas etapas del proceso: si algunos grupos debían quedar desatendidos, por falta de animadores, éstos debían ser precisamente los más pequeños y no los grupos más mayores. Por una parte, estos grupos de jóvenes y adultos no se encontraban ya con caminos hechos, y era necesario trazarlos con ellos; y, por otra parte, necesitábamos grupos referenciales, que fueran haciendo opciones claras por la comunidad, y que, entre otras cosas, fueran capaces también de animar a los nuevos grupos que surgieran.

Posteriormente, debido a varios factores que surgieron de forma no pretendida en un principio, avanzamos en la línea de una reflexión más profunda en el campo de la misión. Descubrimos, en sintonía con nuestra propia historia como Congregación religiosa, que no hay comunidad sin misión; y esa reflexión, junto con el acercamiento progresivo de los grupos a nuestra espiritualidad, nos permitió soñar con Comunidades Cristianas «La Salle», es decir, comunidades que sin perder su entronque eclesial, se definieran ante la Iglesia y ante el mundo como comunidades con un espíritu y una misión muy común a la de los Hermanos, pero con un carácter profundamente secular. La presentación de nuestro carisma, nuestra espiritualidad, nuestros rasgos como Instituto, se fue haciendo de forma vital y, en ocasiones, sistemática, lo cual supuso un enriquecimiento muy fuerte para los grupos y para el proceso en general. Pero, eso sí, lo hacíamos en las etapas más avanzadas del proceso y como una opción que se asumía personalmente y no de forma corporativa. Hoy por hoy, son varios los grupos que se definen como Comunidades Cristianas La Salle, que comparten vida, misión y espiritualidad con nosotros y que nos han

permitido profundizar en la realidad de la asociación; pero esto es algo que va más allá de los márgenes propuestos para este artículo, por lo que lo dejo para centrarme de nuevo en el proceso de los grupos cristianos.

LOS ANIMADORES DE LOS GRUPOS CRISTIANOS: UNA PIEZA FUNDAMENTAL

A medida que el proceso avanzaba, nos fuimos dando cuenta de que necesitábamos un número cada vez más elevado de animadores. Recuerdo que cada año hacíamos el recuento de los animadores con los que contábamos. Durante muchos años, era mayor el número de Hermanos animadores que el de profesores. En esos primeros años, apenas teníamos jóvenes en la tarea animadora. Pero con el tiempo, el número de Hermanos se fue reduciendo progresivamente y el número que más creció fue el de animadores universitarios, que estaban viviendo, a su vez, el proceso de los grupos. Realmente fue una bendición contar con estos jóvenes, que en un primer momento eran sólo un refuerzo importante y que, con el tiempo, fueron los que llevaron el peso más fuerte.

Pero reconocer que se convirtieron en una bendición no significa que no tuviéramos que corregir también la dirección que a veces apuntaba el proceso, incluido el campo de la animación. Corrimos el peligro de pensar que para animar bastaba con la buena voluntad. Llevados por una especie de inercia tempranera, casi nos llegamos a mover por la creencia de que, a partir de un determinado curso, el «compromiso» de los grupos universitarios consistía en la animación de los grupos de Descubrimiento o Propuesta. Y llevados por esa misma inercia, casi incurrimos en el error de institucionalizar la animación, sin discernir si era lo más conveniente en todos los casos, y dando muy poca importancia a la formación de los nuevos animadores. Sí lo hacíamos en la teoría, pero no en la práctica.

Fue la propia experiencia la que nos hizo salir del error y adoptar las medidas adecuadas para que la animación tuviera la importancia y el

peso específico que requería. En algunos casos, fue a costa de alguna tensión, pues no es fácil en ocasiones decirle a algunas personas, por mucho tacto que se desee tener, que no es posible contar con su servicio; y en la mayoría de los casos, tuvimos que hacer una apuesta valiente por la formación: valiente por lo que suponía de tiempo, de gasto económico, de utilización de todo tipo de recursos... Pero fue necesario hacerlo y en el tema de la formación de los animadores se puso, durante unos cuantos años, el esfuerzo mayor del proceso. Esta formación se diseñó para que fuera lo más amplia y ambiciosa posible, por eso recogía contenidos de eclesiología, catequesis, teología, sociología, animación socio-cultural, tiempo libre, ética... En fin, una formación lo más sólida posible que, en muchos casos, venía respaldada también por el título de animadores de tiempo libre, imprescindible para muchas de las actividades de verano.

Aun así, la animación sigue siendo un tema capital. En él radica, en gran parte, la consistencia del proceso. Y tenemos que admitir que, por más que nos hayamos empeñado en conseguir una sólida formación, no podemos cantar victoria. No hablamos sólo de formación intelectual que, siendo necesaria, no es la más importante, sino ante todo de formación vital, que permita a los animadores asumir todo lo que implica ser seguidores de Jesús en nuestro mundo y, así, ser auténticos testigos.

ACTUALMENTE...

Con toda intención he estado empleando los verbos en pasado, cuando en realidad debería haber utilizado el presente, ya que «lo que hacíamos», en gran parte sigue siendo «lo que hacemos». Sin embargo, a lo largo de estos años han cambiado tanto las cosas (el ambiente, la capacidad de despertar respuestas, la realidad de las familias, de los adolescentes y jóvenes, de la sociedad), que actualmente nos encontramos con muchas diferencias respecto a los «orígenes», aunque sólo hayan pasado tres décadas.

No creo que nunca pudiéramos dar nada por seguro; es decir: los frutos que se fueron logrando desde el principio (gran número de grupos, participación más que notable en los encuentros, consolidación de los procesos personales y grupales, respuesta vocacionada por parte de los animadores, confección de materiales muy adecuados, clarificación teórica de lo que era el proceso...) fueron fruto de la ilusión con que se inició el proceso y del esfuerzo por alimentarlo día a día. Pero también es cierto que desde hace unos 10 años el mismo esfuerzo está dando menos resultados, en términos contables y en términos de calidad de respuesta, si es que se puede hablar así.

¿En qué nos basamos para decir esto? Lo más evidente es la reducción del número de grupos con que contamos. No vemos esta reducción en los grupos de Descubrimiento, que ocupan la franja de los 12 a los 14 años; pero a partir de la etapa de Propuesta (15-16 años) y especialmente de Catecumenado, la reducción es drástica. Éste es un problema muy serio, porque corremos el peligro de estar alimentando un proceso que no llega a prolongarse hasta el momento en el que, precisamente, comienzan las opciones personales serias. Así, nos quedamos en una especie de «pre-calentamiento» que se deja precisamente cuando debería empezar la competición. Y, además, nos quedamos sin las referencias fundamentales de grupos y comunidades que abran el camino y sirvan de horizonte para los que se inician.

A la vez vamos descubriendo que las motivaciones de quienes se inician, y de quienes están inmersos en el proceso desde hace pocos años, tienen que ver sólo tangencialmente con los verdaderos objetivos del proceso. No son motivaciones de compromiso cristiano, ni de vivencia de la fe, ni de discernimiento vocacional, ni de construcción de la comunidad cristiana... En muchos casos, se entra en el grupo exclusivamente por una motivación convivencial, afectiva... Esa motivación es lógica en el inicio, cuando los preadolescentes entran en un grupo; pero, tristemente, continúa siendo fundamental cuando ya no debiera ser lo más importante. Y está claro que, tarde o temprano, si no se descubre nada más, el proceso se

trunca. Aun siendo una dimensión básica, no es suficiente para sustentar algo que debe globalizar toda la vida.

Las encuestas sobre la religiosidad española están ahí, lo mismo que los análisis sobre la familia, el ambiente de secularización, el individualismo religioso en que nos movemos, la necesidad de una primera evangelización que motive el surgimiento de preguntas sobre el sentido... Sobre todo esto se han escrito cientos de libros y artículos, y los agentes de pastoral hemos dedicado mucho tiempo y esfuerzo al análisis de todos estos fenómenos. En ese análisis estamos actualmente. Vemos que nos encontramos con muchas dificultades, es cierto, pero también debemos reconocer que en absoluto ha decaído nuestra convicción de que la propuesta de los grupos cristianos sigue siendo fundamental.

Sin embargo, es cierto que hemos tenido que hacer grandes esfuerzos, de forma continuada, para responder a los retos que hoy se nos presentan. Los expongo a continuación:

Fuerte acento en la pastoral misionera

Nuestra labor pastoral se realiza casi siempre en el marco de los centros educativos. El proceso catecumenal es, en el contexto educativo, una propuesta fundamental, pero no es la única. Actualmente, y en consonancia con el momento evangelizador que vive la Iglesia, es necesario despertar la inquietud religiosa desde planteamientos más básicos que tienen que ver con el sentido de la vida. Tenemos que encontrarnos con los jóvenes donde se encuentran y no donde querríamos que estuvieran. Es imprescindible, por lo tanto, una primera evangelización. Y el proceso de los grupos cristianos se ve fuertemente condicionado por este planteamiento, porque los adolescentes y jóvenes que participan de nuestros grupos están necesitados de una primera evangelización y los animadores deben ser conscientes de esta realidad.

Esto ralentiza el proceso y nos obliga a ser mucho más realistas. Debemos despertar la inquietud por los valores: la generosidad, la amistad, la interiori-

dad, la capacidad de vivir la solidaridad, la gratuidad... No es fácil educar en estas claves, pero tampoco imposible. Lo más importante es que todo se oriente en función de la experiencia. No valen las teorías, o al menos no son lo más importante. Por eso, iniciar en el voluntariado, poner a los chicos en contacto con el silencio y la entrega, hacerles experimentar lo importante que es comunicarse en profundidad... todas estas experiencias, no necesariamente religiosas, vividas no sólo de forma puntual, sino de forma continuada, con el contrapunto de la reflexión y el intercambio, nos permitirán dar el salto, sin prisas, hacia el mundo específicamente religioso. Y, una vez en él, comprometernos más de lleno, con profundo sentido, en la realidad secular.

Los planes y los programas no son lo primero

Durante muchos años nos hemos servido de los materiales y de los planes que surgieron al principio. Actualmente, nos encontramos en una espiral de continua aceleración en la que cada vez los materiales duran menos tiempo. Éste es un fenómeno en consonancia con la globalidad de nuestra cultura: lo que ayer servía, hoy está ya caducado. Vivimos la conciencia de la provisionalidad.

Confesamos que a veces se nos hace agotador trabajar tanto, por supuesto en equipo, para crear planes, diseñar encuentros, elaborar materiales... y comprobar a la vuelta de la esquina que ya no nos sirven. Sin embargo, es necesario asumir esta realidad como una condición de nuestro tiempo, cambiar nuestros sistemas de trabajo, crecer en paciencia... No se trata de entrar en la moda del usar y tirar, sino en el realismo de saber que trabajar en pastoral obliga necesariamente a la creatividad, a estar en comunión con el mundo juvenil, a dominar su lenguaje y su cultura, a querer a los jóvenes tal y como son... para poder plantearles retos que, de otra forma, caerían en terreno baldío.

Hoy todo es diversificado

Redundo en la idea anterior. «No hay juventud, sino jóvenes». Quiero decir que cada vez es más necesario diversificar las experiencias y la

modalidad de los encuentros. Un ejemplo: en los últimos años nos hemos visto obligados a diseñar la Pascua juvenil para un grupo mucho más reducido del que teníamos hace diez años y, a la vez, hemos tenido que crear muchos más subgrupos, en función de los distintos «niveles» de los participantes. Esto exige más esfuerzo, pero también obliga a un trabajo de equipo más rico, dialogante, experimental... en el que todos aprendemos. Para poder hacerlo, es necesario un equipo de animadores realmente vocacionado, dispuesto a una auténtica gratuidad capaz de asumir que la fecundidad de cuanto hacemos no siempre vendrá respaldada por la eficacia y por los éxitos contables. Subrayo una vez más, aunque pueda parecer repetitivo, el papel de los animadores.

Personalización y acompañamiento

Es quizá el elemento en el que más hemos profundizado en los últimos años. Siempre hemos considerado que la relación personal del animador con cada miembro del grupo es imprescindible, y siempre hemos intentado potenciar la «entrevista personal». Pero el acompañamiento hoy no es un elemento más: es algo nuclear. De hecho, sólo es posible vivir el seguimiento de Jesús e integrar todos los elementos que constituyen la vida cristiana (fe, servicio, compromiso, celebración, oración...), si se personaliza, y la personalización no es posible sin el acompañamiento personal.

Ahora bien, en nuestro proceso queremos buscar un equilibrio en el que se conjuguen el elemento grupal y comunitario y el elemento personal. Tenemos la tendencia de movernos de forma pendular. Si hace décadas parecía que todo tenía una orientación grupal, hoy nos encontramos en el polo opuesto, y todo se orienta de forma personal, y, a veces, individual (que no es lo mismo). También estos «movimientos» están en consonancia con nuestra cultura. Pero nosotros creemos que los dos polos son imprescindibles para vivir un proceso que conduzca al seguimiento de Jesús.

En la práctica, ante el desmembramiento de muchos grupos, el acompañamiento personal se ha convertido en el único elemento posible, al